

OTRA APOTEOSIS (LA SEGUNDA) EN EL 12 & 23

Fabián, J. F.

Un mediodía de sábado, a la hora de los vinos, al 12 & 23 le visitó la Historia, la Historia reciente de España, aunque un poco rancia ya. Y también la actual, porque a veces van unidas. Y Chema Díu sin darse cuenta de nada. Ni él ni su Carmen, que algo notó, pero sin llegar a evaluar, a dimensionar del todo y como se merecía aquella presencia. Uno y otro venga a servir revolconas con torreznos, patatas de la abuela y tal, pero a la cosa de la psicología, ningún caso. Bien es verdad que el bar estaba en aquellos momentos lleno y no era cosa de estar pendiente de detalles indirectos. De todas maneras, qué honor para Chema, para su bar y para la institución que ambos unidos conforman ya, el contar con la presencia de aquel testimonio de la Historia inmediata de España, pequeño pero representativo. Qué honor que hubiera elegido su bar en el primer día que aquel hombre venía a visitar a su hijo, neonato en la Escuela de Ingenieros, rebotado, todo hay que decirlo, de experiencias como Medicina y Farmacia, a razón de dos años en cada una. Pero bueno, eso era un tema personal, pobre chaval y punto.

Bajito, chulo, estirao, con su bigote y tal, con la mirada y el gesto sublime, aún creía –¡el pobre!- que las jovencitas y las señoras rubias le miraban con entusiasmo a sus sesenta y algunos, cuando se erguía mental y físicamente para hablar lo mismo de economía, que del Egipto faraónico, de medicina, de demografía, de arquitectura o de cualquier cosa que pillara. Hablar con aparente propiedad con tal de que no se le notara su gran bache: que era un pobre ignorante, que sus conocimientos venían a lo sumo de las noticias del telediario cuando dejan de hablar de política. Un monstruo, no digo más. Y Chema y su señora, sin enterarse de nada. Ellos venga revolconas, venga patatas de la abuela, venga verdejos y venga vermuses, y nuestro hombre sin la atención antropológica que merecía. Hoy sólo priman los intereses económicos, el mercado y nada más. La ciencia,

la antropología, el patrimonio histórico humano o la belleza, hoy parece no contar. Esta debe ser la cosa del neoliberalismo que nos están metiendo como veneno en la sopa poco a poco cada día, para que nos muramos sin darnos cuenta.

Que se sepa, sólo Edu Izcaray, que se tomaba su vermú de cada sábado a esa hora, por lo que oyó, sin quererlo oír, por las miradas que le echó de reojo cuando oía ciertas cosas y porque era un observador silencioso de seres humanos, por todo eso, sólo Edu Izcaray se aproximó al personaje, le caló. Aquel tipo venía de otro tiempo, pero a su vez tenía toda la pinta de un reenganchado a lo de ahora, una cosa para la que hay que valer. Edu Izcaray sabía que a estos personajes hay que disfrutarlos desde el punto de vista científico. Igual que cuando se lee un libro de Historia. Puede que tampoco guste lo de Primo de Rivera o las consecuencias del gobierno de Sagasta o que caiga fatal Felipe II, pero hay que conocerlo, leerlo, saberlo. Esta sabia impresión tuvo Edu Izcaray cuando advirtió de la presencia de nuestro hombre a unos metros de él y supo que tenía la oportunidad de estudiarlo con disimulo.

Nuestro personaje había caído por Béjar para visitar a su hijo, como dije, neófito en la Escuela de Ingenieros y, de paso, para conocer a la novia de éste, de la que se había enamorado como un tonto nada más poner pie en Béjar. Al chaval, el pobre, le urgía conocer la opinión y el dictamen de su padre sobre aquella muchachita de Ponferrada, que, la verdad sea dicha, aunque los suegros, por lo menos de principio siempre caen bien, a ella, él en concreto, le pareció un fantasma. Y le extrañaba a la muchacha, porque siempre había creído que la fantasma era cosa juvenil o en todo caso de la madurez poco curtida. Sería de Ponferrada, pero de la vida entendía todavía más bien poco, porque fantasmas los hay a todas las edades. Seguro. Demostrado. De entrada se le plantó con una especie de autoridad mitad intelectual, mitad de la otra, como si quisiera advertirle de la jerarquía, de la posibilidad que siempre tendría de perdonarle la vida, de regañarla en la cena de Nochebuena, de decirle cuando se tenía que sacar la muela del juicio o si tenía que tomar o no píldoras anticonceptivas. Así la cosa, mal pintaba aquel encuentro y eso empobrecía de alguna manera la

levitación amorosa que vivían el hijo de nuestro personaje y la muchachita de Ponferrada.

No es cuestión de meterse en la vida privada de nadie. Si a la muchachita de Ponferrada le tocaba un suegro fantasma, pues allá, es cosa privada, demasiado pequeña para ser de interés general. Por tanto yo no me metería en ello. Pero es que nuestro hombre era mucho más que eso, era un personaje antropológico, un factor para la investigación sociológica, carne de ciencia por tanto, como si dijésemos. Y ante esto hay que contarlos, hay que aportarlos. Eso sí, no pondremos su nombre ni su apellido, porque el nombre es una circunstancia ocasional que no suele significar nada de la personalidad y del devenir de cada uno. El apellido a veces, pero parece ser que no era éste el caso.

Por otra parte tampoco sería el momento de hablar de él si no hubiera significado un hito histórico para el 12 & 23. Todo tiene su pequeña e íntima historia. Los sitios también. Y el 12 & 23 tenía la suya. Todo lo que allí pasara y entrara sería siempre su historia, una parte de su esencia para retenerlo como si en realidad tuviera vida. Allí habían entrado y tomado sus cosas, por citar profesiones o circunstancias, desde escritores a estupendos jubilados anónimos, pasando por amas de casa de todas las edades, niños con sus padres, articulistas de periódicos pequeños y medianos, tejedores, poetas, fontaneros, historiadores, gente que arregla televisores, médicos, progres con base y sin ella, escayolistas, rastafaris, peones y oficiales de la construcción, lingüistas, marineros, belgas, aprendices de cocina, escultores, soldados en Bosnia, editores de libros, vendedores de coches de ocasión, músicos de verbena de verano, separados, vírgenes, superdotados sexuales, dependientes de ultramarinos, arqueólogos, gente que barre las calles, modistas, cocineras, jubilados de buena conversación, dependientes, chacineros, bancarios... en fin, mucho personal. Todos eran una colección de circunstancias y de situaciones de la vida. De ahí que cuando un nuevo elemento y de insospechado valor llegara, constituyera la cosa un hito, para la historia íntima del sitio, nada más. Y de ahí que yo lo cuente, no es por otra cosa. Seré breve, porque de estos hay más, son todos iguales y al que más y al que menos nos sonará alguno de algo.

Nuestro hombre tenía alguna posición, poca cosa pero algo más que muchos y se la había hecho a sí mismo poco a poco en estos tiempos y en los suyos propios anteriores, donde curiosamente fabricó los méritos que luego le servirían precisamente para tener algo respetable y fardón después, curiosamente en el régimen político que había negado hasta que se murió su mesías. Paradojas del destino y de las cosas, milagros de las transiciones. ¿Cómo había logrado crecer los tres centímetros desde la cota cero?. Pues con un poco de todo. Un poco trepa, un poco chivato, un poco mamón, un poco sin escrúpulos... un suflé muy completito. Fundamentalmente él era como más de obediencia, de lealtad, de cumplir con lo que sea para ver luego si te cae algo, que siempre te cae. La verdad es que para la mayoría no había sido nunca buen chico, para una minoría sí, justamente para la que le interesaba a él. Aunque tampoco, porque esa minoría suele ser inteligente y sabe la calidad humana de los que utilizan. No se los llevarían a una isla desierta con ellos por si acaso. Nos entendemos.

Así que con toda esa simbiosis, le había ido yendo en la vida aceptablemente, aunque, coño, podían haber tenido alguna vez el detallito de nombrarle algo discreto, pero que se le viera, una direccioncilla general, en fin, un detalle que hay que tener con esta gente que tantos fuegos han apagado, que tantos marrones han logrado teñir de azul cielo y que tantas cañerías han reparado sin tener ascos ni poner trabas ni decir ni pío, con la peste que dan las aguas sucias. Porque eso sí, como fontanero-bombero era un monstruo. Cualquier tubería rota, cualquier incendio de baja intensidad, cualquier acumulación de aguas inmundas que se presentara, le tenía a él como voluntario para repararla. Luego había que pagarle los honorarios. Él no pedía nada. La voluntad o se conformaba con los puntos que iba obteniendo y pegando en un álbum para canjearlo por algo cuando se pudiera. Lástima que a veces caducaran los álbumes sin que hubiera suficientes para un buen canje. Pero siempre había sus cosillas, porque hay que pagar a estas gentes, hombre, que tienen su mérito y que a veces hacen trabajos impagables. Y, sobre todo, tienen su peso en la sociedad y en el órgano en el que sirven. Parecerá que no, pero tienen un valor incalculable y apenas se hacen notar. Hacen un trabajo imposible de

hacer para la gran mayoría, están ahí con sus herramientas, con su mono de trabajo y tal, con sus ideas de fondo guardaditas y escondidas porque no se lleva tenerlas vistas, con su pasadito y tal. Algunos les llaman pelotas, pero no, pelotas no son. Fontaneros, son fontaneros en cursiva, esa es la palabra y sólo metafóricamente se parecen a los auténticos, a los del mono y la caja de herramientas (y la tarifa). Para entendernos mejor: este modelo humano, adaptado al sitio y en las circunstancias, en Argentina y Chile fueron los del tema de la obediencia debida, retorciéndole las pelotillas a aquella pobre gente. Aquí es que no se les ha presentado esa misma oportunidad o no se la han puesto tan a huevo, pero en circunstancias similares se hubieran puesto las botas. Es decir que los hay con cafeína y laith, pero siempre con la misma base química.

Bueno, pues eso era nuestro hombre y parecerá una tontería pensar que merece la pena nombrarle en la galería de personajes y profesiones del 12 & 23. Pues no, no es una tontería. Esta gente tiene mucho peso específico, tiene su valía, ellos son los que se encargan silenciosamente de hacernos creer que todo va bien en todo, que todo se hace bien o en un determinado momento que aquello estuvo fatal y hay que hundirlo porque lo hizo quien lo hizo. Con una llamada discreta, con una simple insinuación, con una mirada lo entienden y allí están ellos para hacer su trabajito artesanal sin que nada se note. Y si son capaces así, de hacernos la vida más feliz, aunque sea engañándonos, pues hay que sentirse agradecidos, hombre. O no?. Una cosa más: a este fulano le coge Quevedo en sus tiempos, el gran Quevedo, y le borda con un soneto o con varios. Tema tendría para un ciento.